

consigna de energía que no puede abandonar. La novela de Martin Flavin es una pintura vívida y magnífica de lo que es la gente y su carácter en Estados Unidos.—LUIS DURAND.



<https://doi.org/10.29393/At244-161NIAT10161>

NUEVA IMAGEN DEL UNIVERSO, por *George W. Gray*

He aquí un volumen de cerca de 500 páginas que honra por su presentación a la industria editorial argentina y, supongo, a la Francia peregrina, pues la casa editora es la Librería Hachette S. A. de Buenos Aires. El libro ha sido vertido concienzudamente al castellano por Nelly y Raquel Navarro Viola, complementado por Alfredo Jatho y revisado por éste y por Alois D. Fliess. Añádanse a esta serie de garantías las originales que nos ofrece el autor norteamericano, quien nos dice al final del libro haber obtenido la colaboración crítica y hasta el aporte de trabajo de una cuarentena de personas especializadas, cuyos nombres y actividades profesionales se especifican.

Ocupa el hombre en la escala total del mundo físico, una posición intermedia, equidistante de los dos infinitos. Así, el paquete de mis 70 kilos de soma es a la masa del inquieto electrón intraatómico lo mismo que la masa total del Universo, henchido de galaxías, es a mi masa personal. Tantas veces cabe en mí el electrón como quepo yo en el Universo. Idénticos esfuerzos de adaptación tengo que realizar para descender al electrón que para ascender al Cosmos. Desde nuestra humana posición, equilibrada, estratégica, nos lleva Gray a las profundidades de uno y otro «infinito», término éste ciertamente amenazado de superación definitiva por la penetrante Física contemporánea. Siguiendo a Gray apreciamos el diámetro del núcleo atómico y el radio del Universo; contamos el número de partículas elementales que éste encierra y levantamos el censo de las

galaxias estelares; medimos las cargas eléctricas del átomo, la fuerza de gravitación de las nebulosas y el índice de expansión del Universo; averiguamos la cuantía de las sorprendentes alteraciones del espacio, el tiempo y la masa en función del movimiento de los cuerpos...

Mas no se limita nuestro autor a establecer parangones cuantitativos a lo largo de la escala del micro y macrocosmos. Penetra también en los experimentos y especulaciones que nos han conducido primero a la visión de un Universo dual—materia y energía—para desembocar al fin en la síntesis contemporánea de «partículas que se diluyen en ondas, y ondas que se condensan en partículas». La exposición, en la pluma de Gray, tiene el aleteo dramático que sabe darle quien, al perseguir los hechos, no olvida jamás el arranque genético de los mismos y sus perspectivas finales. ¿Por qué apareció en los dominios de la ciencia el tubo de Crookes y qué se buscaba con él? ¿Cuándo fueron presentidos los rayos cósmicos, cómo fueron detectados y qué mensajes nos traen desde las profundidades del Universo? ¿Qué trama dramática se esconde tras las rayas oscuras de los espectros luminosos? ¿Qué trascendencia alcanza el siempre negativo experimento de Michelson-Morley, encaminado a poner en evidencia el éter invisible y estático? Decididamente, las cosas deben darse en su ambiente específico. Dicen que la poesía requiere, para ser gustada, serenidad, ausencia de bullicio y, por encima de todo, cuerpo limpio y espíritu reposado. La música se contenta con exigir silencio. El plasma mediúmnico y el cinematógrafo sólo se dan en la obscuridad, como las estrellas fugaces. Pues bien, la mejor salsa de la exposición científica se hace a base de «devenir» y de «humanidad». Intentad exponer cualquier capítulo del saber eliminando la pasión humana en él implicada y descuidando el fluir total de los acontecimientos, y habréis producido una narración desabrida, imposible de ser injertada en la vida espiritual del lector. Gray jamás incurre en tales desaliños.

En esta Nueva Imagen del Universo apenas se habla del éter. ¡Omisión digna de encomio! Ya va siendo hora de que los divulgadores de la ciencia suelten las muletas que la vitalidad del saber contemporáneo hace innecesarias. Arrumbemos la hipótesis del éter. Ya echaremos mano de ella si acaso volvemos a necesitarla.

No omite, sin embargo, Gray, el hacerse eco de esa dimensión de la ciencia actual por la que el azar y la incertidumbre, el vitalismo y el subjetivismo, la dificultad de penetración en la quintaesencia física de las cosas... han dejado a veces perplejos y siempre circunspectos a los investigadores ganosos de una rápida y cabal interpretación del Cosmos. Y muestra nuestro autor, en consecuencia, la imposibilidad en que nos hallamos de conocer a la vez la posición y la velocidad de una partícula; y nos recuerda cómo la ciencia «cuantitativa» está sometida a la limitación del cálculo de probabilidades, en que los entes y valores individuales se muestran tan esquivos e inasequibles; y nos previene acerca de esa especie de inconmensurabilidad que existe entre los objetos cósmicos que contemplamos y las excitaciones sensoriales que en nosotros provocan, inconmensurabilidad que sube de punto cuando comparamos los extremos vaporosos y huidizos de esta escala concatenada de «realidades», es decir, el corpúsculo-onda que nos viene de fuera y la reflexión consciente en torno a las más elaboradas vivencias que sentimos bullir en nuestro espíritu... Pero no obstante tan discreta circunspección y tal amplitud de miras, no obstante las honradas concesiones hechas a tanta limitación y a tanta complejidad como acompañan a la ciencia contemporánea, Gray muestra al final cuán claros se le ofrecen a él los objetivos de la ciencia, cuán imperioso el método experimental que tan altos frutos ha dado, cuán conveniente la aceptación de la realidad del mundo exterior siquiera sea ella como hipótesis de trabajo, cuán intrínsecamente posible la aprehensión completa o casi completa de las últimas realidades físicas.

Esta inequívoca actitud de Gray es, al fin y a la postre, la genuina actitud de la Ciencia de Occidente considerada en sus perspectivas seculares, actitud cada día más liberada de concomitancias con el estricto pensar doctrinario, y mejor encaminada, por ende, hacia el remoto objetivo de la Ciencia, que no puede ser otro que la gozosa liberación del Hombre y la henchida eclosión del Espíritu que lo anima.—ALEJANDRO TARRAGÓ.